

## Primera parte: una cultura en mutación

La modernidad: el retorno de la filosofía, de la historia y de la política

Bernardo Sorj

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

SORJ, B. La modernidad: el retorno de la filosofía, de la historia y de la política. In: *Judaísmo para todos* [online]. Rio de Janeiro: Centro Edelstein de Pesquisas Sociais, 2011, pp. 38-44. ISBN: 978-85-7982-056-4. Available from SciELO Books <<http://books.scielo.org>>.



All the contents of this chapter, except where otherwise noted, is licensed under a Creative Commons Attribution-Non Commercial-ShareAlike 3.0 Unported.

Todo o conteúdo deste capítulo, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença Creative Commons Atribuição - Uso Não Comercial - Partilha nos Mesmos Termos 3.0 Não adaptada.

Todo el contenido de este capítulo, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported.

## LA MODERNIDAD:

### EL RETORNO DE LA FILOSOFÍA, DE LA HISTORIA Y DE LA POLÍTICA

El judaísmo talmúdico fue exitoso en circunstancias históricas precisas, en que las sociedades eran organizadas en torno de sistemas políticos y culturales dominados por religiones monoteístas que lo aislaron. Así, el cierre del judaísmo sobre sí mismo estuvo asociado al cierre de las sociedades en relación al judaísmo. El mundo talmúdico fue fruto de la derrota política y militar y sirvió como estrategia de sobrevivencia de un pueblo exilado, viviendo como minoría en el seno de sociedades con religiones oficiales sustentadas por el poder político. La modernidad trajo nuevas exigencias y posibilidades e implosionó el universo rabínico. Los tres elementos reprimidos por el judaísmo talmúdico, la **historia**, la **política** y la **filosofía**, pasaron a ocupar central el judaísmo moderno.

El judaísmo moderno corresponde al período histórico que se extiende desde el Iluminismo y la Revolución Francesa hasta el Holocausto y la creación del Estado de Israel. Un período que duró aproximadamente dos siglos y que se nutrió de los valores universalistas del Iluminismo y de los derechos humanos y la ciudadanía nacional de la Revolución Francesa. Como fenómeno sociocultural, el judaísmo moderno fue, fundamentalmente, una creación de los judíos radicados en Europa, particularmente en las grandes ciudades, como Berlín y Viena y posteriormente Varsovia y Kiev, y, en el siglo XX, Nueva York. Para buena parte de las comunidades judías que habitaban en el mundo musulmán, un contacto fuerte con sociedades modernizadas solo se dio en la década del 50 del siglo pasado con la inmigración masiva a Israel y Europa.

Los tiempos modernos crearon condiciones inéditas de convivencia del judaísmo con un estado laico, transformando radicalmente las posibilidades de participación social, modificando la visión de los judíos de lo que sea el judaísmo. Lo que no significa que las relaciones entre judaísmo y modernidad, de ambos lados, no hayan sido extremadamente conturbadas. Inicialmente, con el fin de la Edad Media y la ascensión del absolutismo en Europa Occidental, la centralización del poder político y la tendencia a homogeneizar culturalmente las sociedades llevaron a la

expulsión de los judíos de muchos países de Europa Occidental, resultando en el desplazamiento de gran parte de ellos para Europa Central y Oriental.

La expulsión en 1492 de España y Portugal, que, en la práctica, llevó a la conversión forzosa de la mayoría de los judíos ibéricos, ya que sólo una minoría emigró, seguida de la Inquisición, significó un trauma enorme para el judaísmo e impactó en la memoria colectiva durante siglos. En España y Portugal el *Estatuto de Pureza de Sangre*, estableció la primera forma de racismo moderno, con leyes que excluían los cristianos-nuevos (recién convertidos) y sus descendientes de órdenes religiosas o de la carrera militar.

Con el avance del mercantilismo, los judíos pudieron retornar, en pequeño número, a Francia e Inglaterra. En Europa Occidental, solamente Italia, dividida en pequeños reinos y Holanda, una precoz potencia mercantil con un sistema político más abierto, recibieron parte de los judíos expulsados de la Península Ibérica. Serán los judíos holandeses que construyeron las primeras sinagogas en el Nuevo Mundo, en Recife, acompañando la invasión de Brasil por la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, en el siglo XVII, y, cuando fueron expulsados de allá, en Nueva Ámsterdam (Nueva York).

El Iluminismo y la Revolución Francesa encuentran el pueblo judío extremadamente debilitado. Se calcula que su número era 1.000.000 en 1700, uno de los menores de su historia. La mayoría de estos judíos vivía en Europa Oriental, la mayoría en condiciones de pobreza, sin derecho a transitar de un lugar para otro y sufriendo constantes masacres.

Aunque la modernidad haya generado enormes conflictos en el interior de la comunidad judaica, entre defensores de la tradición y del cambio, entre padres e hijos, la rapidez y la disposición con que buena parte de los judíos se dispuso a aceptar los nuevos valores se explica por los siglos de opresión y humillación que precedieron al Iluminismo. La modernidad irrumpe en la vida judaica como una promesa de liberación, y muchos judíos interpretaron la Revolución Francesa como una anticipación de la llegada del Mesías.

El universo medieval era un mundo sometido a las creencias e instituciones religiosas. El rey reinaba por la gracia de Dios y el conocimiento era producido, filtrado y censurado por el clero (o, en el caso del judaísmo, por los rabinos). El proceso que hoy denominamos secularización separó la

política de la religión y transfirió a la voluntad popular la fuente de legitimidad del poder. La producción de conocimiento, a partir de la revolución científica, pasó a fundarse en la experimentación y en hipótesis refutables, en lugar de dogmas eternos sobre la naturaleza y la sociedad. La filosofía desarrolló una imagen nueva del ser humano, centrada en el individuo libre, orientado por la razón. En lugar de personas resignadas frente a un estado de cosas que sería producto de la voluntad divina, la creencia en la capacidad del ser humano de transformar el mundo a su voluntad llevó a la irrupción de ideologías políticas con proyectos de reforma social.

Así, las sociedades modernas, en un largo proceso histórico, nunca completo y hasta hoy cuestionado por grupos religiosos ortodoxos e ideologías políticas autoritarias, pasaron a valorar la libertad y el derecho de cada individuo a actuar de acuerdo con su conciencia. Este proceso culminó con la creación de las instituciones democráticas, que suponen que cada individuo, independientemente de sus creencias personales, usufructúa ante la ley y en el espacio público, de los mismos derechos y deberes.

Los valores de la modernidad no exigían que el judío se convirtiese a otra religión para absorber las nuevas ideas y valores, – aunque, como veremos, en Alemania y en el Imperio Austro-Húngaro éste no haya sido exactamente el caso. Para los judíos que entraron en contacto con los valores de la modernidad, eso significó la posibilidad de salir del gueto, de dejar de ser excluidos de profesiones, de vivir estigmatizados y, sobretodo, de participar activamente de la construcción de un mundo en que todos los seres humanos son libres e iguales. Todo esto, sin dejar de ser judíos.

Esta travesía fue, y continúa siendo penosa, no sólo porque exigió transformaciones profundas en el judaísmo, como porque el avance de los valores iluministas fue tortuoso, presentando retrocesos periódicos a veces dramáticos, como fue el nazismo. Estos retrocesos producen constantemente entre los judíos una dicotomía interna. entre la voluntad de creer en las promesas de la modernidad y el miedo de que la pesadilla del antisemitismo pueda siempre resucitar.

A pesar de la oposición de los rabinos a los valores modernos, ellos penetraron en la vida cotidiana y, sobretodo, en las mentes y corazones de la mayoría de judíos, diluyendo el mundo comunitario auto-centrado, con fuerte control social, donde el rabino legislaba en asuntos civiles y comerciales. En cada país, de acuerdo con las condiciones locales, los

judíos iban absorbiendo los valores de la modernidad y distanciándose del mundo talmúdico. Esta transformación fue elaborada a partir del siglo XVIII por nuevos liderazgos intelectuales seculares y religiosos, culminando en el siglo XX con el desplazamiento de los rabinos ortodoxos como principal elite cultural del judaísmo.

En un largo proceso histórico, del cual aún somos parte, intelectuales seculares y religiosos elaboraron nuevas visiones e ideologías que insertaban el judaísmo en los valores e ideales de la modernidad. La filosofía iluminista, la argumentación científica y la visión de la historia como producto de la acción humana y no de un diseño divino, penetraron en el judaísmo, llevándolo a su fragmentación en diversas corrientes.

El autor paradigmático de la transición a esta nueva fase fue Baruj Spinoza, que vivió en el siglo XVII en Ámsterdam. Como todo esfuerzo pionero, fue solitario y reactivo frente a una comunidad todavía sólidamente controlada por la ortodoxia. En él predomina la salida en lugar de un esfuerzo de elaborar una alternativa al judaísmo talmúdico. Como ocurrió con muchos judíos después de Spinoza, el cierre institucional y cognitivo de la ortodoxia lo llevó a considerar el judaísmo como una religión superada.

No es casual que él, así como otro autor herético de la época, que insistió en las limitaciones del Talmud y en el carácter humano de la Biblia y que también vivía en Ámsterdam, Uriel Acosta, fuesen de origen marrano. Hijos de familias de judíos portugueses convertidos por la fuerza al cristianismo, ambos tenían una sensibilidad del mundo en el cual las visiones, sea del judaísmo o del cristianismo, aparecían como estrechas e irracionales, pues no permitían construir una filosofía que elaborase principios universales fundados en la racionalidad.

En su obra principal, el *Tratado Teológico-Político*, Spinoza concluye que la Biblia era una obra humana, escrita por múltiples autores, y muchos de sus contenidos son inaceptables y ofensivos a la moral. Moisés no sería un portavoz de Dios, sino un estadista que dio una constitución al pueblo judío. Si la Biblia fue escrita por seres humanos, debería ser leída en el sentido literal del texto y no como expresión de la palabra divina que contendría múltiples sentidos ocultos. El clero y los rabinos habrían creado un régimen de verdad al servicio del propio poder y ambición. Spinoza quería retirar de los rabinos y del clero el monopolio de interpretar correctamente el texto bíblico y dedicó los últimos años de su corta vida a

elaborar una gramática de la lengua hebrea que permitiría a cada uno comprender el significado del texto bíblico.

El precio pagado por Spinoza por su osadía fue el *Jerem* (como en el judaísmo no existe excomunión, el *Jerem* prohíbe cualquier contacto de los miembros de la comunidad con la persona expulsada). Uriel Acosta sufrió suerte similar, pero intentó volver al seno de la comunidad. Esto le significó sufrir humillaciones, y, después de escribir sus memorias que denuncian la intolerancia, se suicidó.

Spinoza y Acosta fueron los pioneros de un movimiento que será característico de la modernidad: el de intelectuales, artistas, científicos y políticos judíos cuya obra se dirige a un público exterior, formado por una opinión pública culta, independiente de creencias religiosas. Se produce así el divorcio entre judíos y judaísmo, esto es, el origen judaico no implica que los autores desarrollen sus reflexiones en la tradición judaica, aunque ella pueda estar presente en mayor o menor medida.

El vector efectivo de los valores iluministas fue el estado nacional, que, a través de la noción de ciudadanía, creó una nueva categoría de personas iguales ante la ley, independientemente de las creencias individuales. Sucede que el estado nacional en Europa no surgió de la nada. Se construyó a partir de tradiciones de la cultura preexistente, el cristianismo. Así la integración de los judíos en el estado moderno y su aceptación efectiva como iguales, no fue automática ni completa. La posibilidad de ser excluido como un “extraño”, como alguien que no pertenece a la cultura mayoritaria, aunque haya sido vivida con más intensidad en el pasado, cuando estaba asociada a la condición de migrante, continúa presente en la psique judía.

El problema del estado moderno era cómo “emancipar” los judíos, pues ellos hasta entonces vivían bajo tutela especial del rey. En la visión de los defensores de la causa judaica en la Revolución Francesa, la emancipación política de los judíos pasaba por la emancipación de éstos del judaísmo. Los “vicios” judaicos – que se referían a “hábitos alimentares repulsivos y misantropía – eran explicados como efecto del aislamiento al cual los judíos fueron condenados. Los filosemitas argumentaban que la integración en la sociedad permitiría una rápida “regeneración” del pueblo judío.

El proceso de adaptación del judaísmo a la modernidad implicó transformaciones internas pero también la exigencia de justificar su existencia ante el mundo exterior. Los filósofos de la historia, de Hegel a Spengler, orientados por una visión evolucionista que culminaba en la civilización cristiana occidental, consideraban una aberración la sobrevivencia del judaísmo. Para ellos, después de haber cumplido su papel histórico en el período bíblico, el judaísmo habría perdido su razón de existir. Una versión diferente fue elaborada por Stalin, que argumentó que faltaba a los judíos una de las características fundamentales para que pudiesen ser considerados una nación: un territorio común. Inclusive, en la sociología, que tuvo la sociedad nacional como objeto privilegiado de análisis hasta los años 1980, cuando irrumpe el tema de la globalización, el judaísmo era un fenómeno al cual casi no se podía aplicar sus teorías y conceptos que tenían como modelo sociedades nacionales territoriales.

Los judíos y en particular sus intelectuales se vieron obligados a responder a una doble exigencia, la de absorber valores modernos y al mismo tiempo justificar la continuidad del judaísmo. ¿Cómo y por qué seguir siendo judíos y mantener la lealtad con el estado nacional y los valores humanistas universales? Todas las versiones del judaísmo moderno tuvieron que elaborar respuestas a esta pregunta.

El problema fue planteado de forma explícita por Napoleón Bonaparte, el gran arquitecto del estado moderno francés. Él convocó un Sinedrio de representantes de la comunidad judía para responder a una serie de preguntas que permitirían confirmar si los judíos se disponían a aceptar las leyes del estado y ser leales a la patria. Napoleón aceptó las respuestas y a partir de él los judíos pasaron a ser “ciudadanos franceses de fe mosaica”, identidad que se mantuvo sólida hasta la Segunda Guerra Mundial, a pesar de la sacudida sufrida por el “affaire Dreyfus”. En él un capitán del ejército francés, Alfred Dreyfus, fue condenado en 1894 a prisión perpetua bajo acusación de espiar a favor de los alemanes gracias a un dossier falso. La lucha contra la condena, que llevó a Émile Zola a escribir el famoso *J'accuse*, llevó a la liberación del capitán (pero no a su rehabilitación en el cargo), pero indicó claramente que la política francesa no había eliminado a las fuerzas reaccionarias y anti-republicanas del catolicismo integrista.

El pasaje del judaísmo rabínico fue penoso para los judíos, pues, a pesar de las tendencias secularizantes, el estado nacional mantenía

eslabones de continuidad con el mundo cristiano: el día de descanso continuó siendo el domingo, así como la mayoría de los feriados y el propio calendario (no es casual que el esfuerzo de la Revolución Francesa de romper con el pasado culminó con un calendario propio, ni que la fiesta popularmente más recordada por los judíos sea el *Rosh Hashana*, año nuevo, que señala la voluntad de auto-preservación por la afirmación de una temporalidad propia).

El caso francés, de un corte radical con el pasado por la fundación de la república, no tuvo paralelos en la historia europea. En la mayoría de los países, hasta la Primera Guerra Mundial, las monarquías mantuvieron en la cultura oficial del estado una simbología cristiana y grados variados de exclusión de los judíos de cargos públicos. No sólo en Rusia, donde el poder monárquico absoluto y una sociedad con trazos feudales usaron activamente el antisemitismo para canalizar el resentimiento popular, sino, inclusive, en el imperio Austro-Húngaro y en los varios principados alemanes y en el estado alemán arquitectado por Bismark, los judíos no podían, de hecho o *de jure*, ocupar posiciones en el servicio público. Como indica Max Weber en su conferencia sobre la vocación del sociólogo, a comienzos del siglo XX una posición en la academia era una aspiración fuera del alcance de un judío. Esto llevó a la conversión de muchos judíos, entre ellos los padres de Karl Marx, el poeta Heine y el compositor Mahler, para poder ascender socialmente.

Como veremos a continuación, la fragmentación del judaísmo fue múltiple, social, religiosa y política. Para las generaciones que vivieron este proceso, fue extremadamente doloroso, confrontó padres e hijos, dividió comunidades y llevó a denuncias mutuas de estar destruyendo el judaísmo. Pero los temores se mostraron infundados, pues las divisiones revitalizaron el judaísmo.